ba confesándose á sí mismo, si es posible, su propia locura; no influyen sobre la parte física del paciente más que por una medicación suave de baños tibios, sinapismos y, en caso apremiante, alguna sangujiuela; tal era el sistema de este médico y tal fué su tratamiento. Desde luego en las aprensiones del oído, una de las manías de la locura, y no la más grave, no apreciaba más que una perturbación pasajera, una confusión de las facultades á consecuencia de una conmoción, que sólo el tiempo, el reposo de su vida y de sus costumbres, un cambio de residencia, podían curar en absoluto. Carlos mejoraba, pero las terribles dolencias de los locos parecen locas también. Es imposible precisar marchas ni reglas. Una imagen, un recuerdo, un desorden físico insignificante, un cambio del tiempo, cualquier cosa intangible que la ciencia no puede apreciar, ¿qué se yo?, un estado atmosférico, mil corrientes desconocidas, tienen acción sobre la locura, y la desencadenan.

De pronto, sin ninguna causa aparente, la mejoría de Carlos desapareció y su enfermedad se agravó notablemente. Las voces volvieron á inquietarle sin cesar. Demailly no respondía á ninguna pregunta. Una expresión momentánea sobre su rostro denotaba solamente que oía lo que el médico y Francisca le hablaban. Miraba á lo lejos, con los ojos desmesuradamente abiertos, fijos y

aterrados. Y durante todo el día, con los codos sobre las rodillas, una mano oprimiendo su pecho y la otra sosteniendo su cabeza medio vuelta, la cara alterada por la angustia, estremeciéndose al menor ruído, inmóvil y tembloroso, parecía la dolorosa estatua del miedo acechando. Había llegado á este triste período de la locura melancólica, en que la voluntad inconsciente, invadida por la desesperación, cede á la deducción rigurosa de un principio falso; tuvo la manía del suicidio. Ya tres ó cuatro veces, contemplando las nubes blancas que atravesaban el cielo azul, llamándolas y diciéndolas que bajasen por él, había tratado de saltar por la ventana; le habían detenido á tiempo. Pero á estos deseos, á estas evocaciones instintivas de la muerte, á estos arrebatos del momento y de la ocasión, sucedieron, sin darse á conocer, resoluciones y planes de suicidios resueltos y maduros, cuya preocupación no se escapaba al médico.

XC

Previnieron á Marta. Chavannes, llamado á París, acudió en seguida. Un Consejo de familia decidió que Demailly fuese llevado al manicomio. En habitación particular, con un criado á su servicio y pagando la pensión más cara, rodearon á

Carlos de ese lujo, de esos cuidados confortables, de ese bienestar, si así puede decirse, del enfermo que desconoce la miseria.

La primera impresión de un enfermo transportado á un manicomio, al verse delante de una chimenea con reja, de un espejo con reja, de una ventana con reja, rodeado de gentes desconocidas, en un ambiente nuevo y temible para él, arrancado repentinamente á todo lo que provocaba su locura, de su domicilio, de su familia, y libre de la percepción, de la aflicción de los que le rodeaban, ofreciéndole cuidados y contemplaciones, allí donde temía siempre hallar un no sé qué, algo que le daba miedo: esta primera impresión produce al demente una estupefacción tal, que distrae el curso de su enfermedad. Es así como un vago sentimiento de terror que, moderando su excitación nerviosa, calma al enfermo y le predispone á la pasividad, á la obediencia, al cumplimiento de todas las ordenanzas. Sucede aún más: en los primeros días, el demente, sintiendo la vigilancia que le rodea, renuncia desde luego á sus propósitos, convencido en absoluto de su imposibilidad.

La cara inmóvil, el color amarillo, los labios secos y rojos y la mirada inquieta, Carlos permaneció impasible en su nueva habitación. Contestaba concisamente, y cortaba sus respuestas con largos

suspiros gritando: «¡Yo quiero irme! Quiero saber...» y continuaba estremeciéndose, temblando al menor ruído, asustándose del silencio, mostrando continuamente en su rostro la ansiedad, el pesar, el temor, la desesperación; pero al parecer había desistido de toda tentativa de suicidio, y aunque oponiendo mil dificultades para tomar un caldo, lograban siempre hacérselo tomar.

El sistema del médico-director del manicomio, especialmente para la melancolía, la *lypemania*, como la llaman los alienistas, era, con escasas variaciones, el mismo sistema del primer médico que asistió á Carlos. Partidario del tratamiento moral, si no como tratamiento exclusivo, al menos como tratamiento predominante, se había convencido por sus estudios y por su experiencia de las ventajas que ofrece, bien aplicado, el dolor, no como un castigo físico, pero sí como un agente moral. Asimilando en sus teorías los dementes á los niños, creía que el castigo, tan necesario á la infancia, tan provechoso en los primeros años de la vida del hombre, debía ser aplicado en la locura, esa infancia del cerebro, que una vez debilitado, necesita para recobrar sus energías el aguijón y el freno de un correctivo. Queriendo dejar tiempo á Carlos para volver á sus costumbres, queriendo también hacerle desear su visita, conseguir el ascendiente, que es la única arma

del médico contra esta clase de enfermedades, esperaba el fin de aquella semana para verle, cuando fueron á avisarle que el Sr. Demailly se negaba en absoluto á tomar ningún alimento. El director entró bruscamente en el cuarto de Carlos, y cogiendo la taza de caldo se la presentó. Con el revés de la mano, Carlos tiró la taza bruscamente. Sin reprenderle, pidió el médico una segunda taza de caldo y se la ofreció de nuevo. Carlos apartaba la cabeza con brusquedad.

—Señor—le dijo el médico,—me desconsuela que nos haga recurrir á extremos... Pero puesto que usted no quiere ser razonable, apelaré á la fuerza...

—La... ¿la fuerza?... ¡Oh!

Y los ojos de Carlos amenazaron.

—¡La sonda!—gritó el médico.

Tres hombres sujetaron á Demailly; le pusieron la sonda... Pero Carlos, con esa energía y ese furor de los melancólicos que quieren morir de hambre, escupía el caldo á medida que se le iban dando. Luchaba rabiosamente con los tres hombres. La sonda podía en aquellos momentos hacerle daño.

—Hay hielo en el depósito, ¿no es verdad?—dijo el médico.—Que le lleven á la sala.

Y Carlos fué sometido á la ducha fría de mayor presión. El sufrimiento debía ser horrible; palidecía espantosamente, pero no desencajaba los dientes.

El médico le preguntó si quería comer. Carlos permaneció mudo. Continuó mudo medio minuto, un minuto... Después, bajo la presión de la ducha que caía sin cesar, rompió á llorar, gritando entre sollozos:

—¿Por qué me hacen padecer?... ¡Tanto padecer!... ¿Qué daño hice?. . ¡Ah! Ya los conozco... También yo he leído libros de Medicina... cuando tuve miedo... ¡Usted es el médico Hemroth! ¡El bárbaro Hemroth!... y vosotros, todos, ¡verdugos alemanes!... ¡Ya os oigo! Para vosotros la locura es una enfermedad del alma, del alma que ha pecado... ¡Sí! Tú has dicho que la locura necesita castigo... Tú hablaste de pecado y de castigo!... Sí, sí; me acuerdo bien... Y esto se dice porque no se tiene á todas horas ante los ojos la imagen de Dios... Pero... yo la he tenido, la imágen... y Dios... La tuve siempre... Sacadme de aquí... ¡Basta! ¡Basta!... Mi cabeza... Yo nunca hice daño, nunca, ¡palabra de honor!... Son las voces que me odian... las voces... No... Tú no eres Hemroth... ni vosotros los amigos de Hemroth. No... yo suplico... yo prometo... ¡Comeré... comeré!...

Cuando Carlos salió del baño, le llevaron un caldo. Lo rechazaba; pero al amenazarle con otra ducha, se decidió á tomarlo. Así, entre amenazas

y castigos, Carlos fué acostumbrándose á comer.

XCI

Estaba en el baño, bajo la terrible ducha.

El médico le decía:

—No hay ni una palabra de verdad en todo eso que usted me cuenta. Por eso es por lo que le han traído, y no saldrá de aquí hasta que reconozca su error.

—¿Usted quiere que yo no oiga lo que oigo?—respondió Carlos dulcemente.—Muy bien. Yo sé lo que oigo; pero usted no quiere que lo diga, no lo diré; pero no puedo nunca dejar de oirlo.

—Es preciso que usted se proponga no oir esas cosas.

Y la ducha continuaba.

XCII

Los cuidados, un régimen severo, una medicación hábil, la oportuna corrección, el tónico del sufrimiento empleado contra la debilidad, triunfaron poco á poco, lentamente, pero sin cesar, de la dolencia terrible de Carlos. En sus conversaciones con el médico, no hablaba ya de las voces fastidiosas más que como sonidos que le parecía oir; no era ya esto afirmación rotunda, sino una defensa tímida y vergonzosa de sus preocupaciones, que el médico destruía fácilmente. La vida y el calor poco á poco recobraban aquel cuerpo miserable y extenuado. En medio de tales promesas de salud, la voluntad, como dominada y sumergida, iba recobrando su imperio y sus fuerzas, comenzando á ser poderosa, manteniendo una personalidad libre. Física y moralmente, Carlos abandonaba su apatía, la inmovilidad, la inconsciencia, la muerte. El ejercicio le devolvió el apetito; todo temor de lesiones abdominales había desaparecido, y la completa curación del convaleciente era tan sólo cuestión de tiempo, según el parecer y la esperanza del médico, que le hacía burlarse ya de «las voces» con una especie de sonrisa, interesandole por ideas diferentes de las que le obsesionaban tanto en su perturbación, haciéndole leer algún libro sin que surgiera ese fenómeno fatigoso de la visión que hace bailar ante los ojos las letras.

Carlos, justo es decirlo, estaba alentado y ayudado en su convalecencia por las previsiones y los cuidados de todos los que le rodeaban. Sólo tenía simpatías á su alrededor. Todos, hasta los más bruscos, en aquella casa, donde la costumbre de verlo hizo el dolor indiferente, se habían conmovido ante la desgracia de Carlos Demailly. Su melancolía dolorosa al principio, luego tan dulcemente seria; su juventud, sus modales distinguidos y

su agradecimiento; su historia, que, aun ligeramente referida, le recomendaba á cualquier hombre de corazón; su fama también, que algunos conocían por sus libros, le ganaron las voluntades y el trato amistoso y la delicada piedad que inspiran esta clase de víctimas en los manicomios. Y no fué el menor de los socorros de Carlos contra sí mismo, contra la reaparición de sus quimeras y de su desencantos, el afecto y las atenciones de todos, tantas manos que se unían para sostenerle y conducirle hacia la salud; y en su trabajo asiduo, todo el personal médico ponía junto al pundonor de su ciencia la ternura de humana piedad.

Chavannes, que llegó á fines de invierno, encontrando á Demailly tan bien, quiso llevárselo. Pero conociendo, por experiencias tristes, el peligro de una recaída, no se decidió á devolver su entera libertad á Carlos hasta verle curado en absoluto; el médico le aconsejaba que volviese por él hacia la primavera, el mejor tiempo en el campo y el más ventajoso para dolencias morales. Entre tanto, dejaba libre á Demailly de toda vigilancia y casi de todo régimen; Carlos hacía una vida semejante á la de los detenidos políticos en una casa de salud; y aprobando él mismo las precauciones del médico, esperaba el plazo fijado con la cordura de un ser completamente razonable.

El médico ayudante, que había simpatizado con

Demailly, obtuvo permiso para llevarle alguna vez á París, pasearle y distraerle de modo que se fuese acostumbrando á la posesión de su libertad.

Una noche, después de comer en casa de Bonvalet, le dijo el médico que no veía motivo para retenerle, y que siendo muy templado aquel fin de invierno, debía ir á reunirse con su amigo Chavannes; que en esto no veía él ningún inconveniente; hablando así, llegaron á un teatrillo del boulevard del Temple, y el médico adivinó en la mirada de Carlos un deseo tan grande de entrar, que tomó un palco y entraron. Sentáronse y cuando el médico miró á Carlos, vió por primera vez en su semblante la expresión animada y viva de aquel hombre, que recobraba sus energías de otros tiempos.

—Le doy á usted infinitas gracias, doctor... Decididamente esto se acabó; no hay duda... Era un deseo que tenía hace tiempo, pero no me hubiera atrevido á decírselo á usted... ¡Ah, qué feliz soy!

Lágrimas de felicidad salieron á los ojos de Carlos.

—Ya sabía yo que todo terminaba... Vamos, tranquilidad, amigo mío...

Pero Carlos, con el pañuelo en los ojos, lloraba, y eran tan dulces sus lágrimas, que estuvo largo tiempo sin mirar á la escena.

Cuando alzó la cabeza, había en el escenario

una mujer. Ella y un hermoso joven sostenían un diálogo de amor bastante vivo... La sangre, en aquel momento, subió á la cabeza de Carlos, sus ojos se agrandaron espantosamente, sus labios temblaban... El médico quiso hacerle salir.

—No, doctor... Porque ya no estoy loco, no estoy loco, ¡lo juro!—Y un temblor muy vivo agitó todo su cuerpo... El médico quiso cogerle entre sus brazos y llevarle; pero Carlos se agarró con las dos manos á la barandilla, y levantándose, echándose casi fuera del palco, en medio de la sorpresa general, mirando á la actriz, gritaba:

—*¡La voz... la voz adúltera!*

XCIII

Mientras que se apoderaban de Carlos, el médico oía decir:

—¡Calla, es el pobre Demailly!

—¿No se había curado ya?

—¿Por qué ha venido?

—No sospechaba sin duda encontrar así á su mujer.

—No pensaría que cayese tan bajo...

Fué preciso sujetar á Carlos para llevárselo. Se defendía con los pies, con las manos, con los dientes, con todo lo que podía rasgar, morder, arañar,

golpear. Fué preciso atarle en el coche. Llegado al manicomio, las medicinas y los tratamientos más enérgicos no bastaron para calmar su rabia, su manía destructora...

A esta larga y espantosa crisis sucedió la postración. Y á pesar de lo muy debilitado, muy anonadado, muy aniquilado que se hallaba, sus gritos eran violentos y rabiosos.

Luego Carlos no podía pronunciar nna sola palabra. Sus facciones se agitaban con movimientos convulsivos, los ojos fijos y sin expresión, la piel cubierta de escoriaciones pardas, el pulso débil y lento. El último letargo comenzó: ¡Carlos Demailly iba á morir, iba por fin á ser libertado! Pero se operó un milagro, un milagro, al cabo del cual, despertando de aquel sopor, sintió sed y quiso pedir agua. ¡Infeliz! Quiso pedir agua, y no halló en su cerebro ni en sus labios la voz que revelase á los que le asistían su necesidad.

XCIV

Vivió. Vivía como si le hubiesen condenado á soportar hasta el horror todas las expiaciones y humillaciones del pensamiento humano. Vivía para no vivir, para no ser más que un espantoso ejemplo de nuestras miserias y de nuestro delez-

nable orgullo. Todo, hasta los nombres que representan los objetos más usuales de la vida, todo habíase borrado en su memoria. Ni pasado, ni recuerdos, ni tiempo, ni ideas! Nada que sobreviviera á la muerte, más que una masa de carne, de la cual salían gritos ahogados entre gestos, lloros, risas, sílabas inarticuladas, manifestaciones del idiotismo de un ser! Nada humano en ese cuerpo, que sólo desempeñaba ya las funciones de la digestión! Ese cuerpo, sujeto á un sillón, balbuceando monosílabos como una criatura en pañales, inmóvil, y lanzando al aire, cuando veía el sol, un grito salvaje... *coc... coc...*; abriendo la boca para recibir los alimentos que le llevaban y frotándose contra el hombre que le servía la comida con el cariñoso agradecimiento de las bestias...

FIN

París, Enero 1859.